

EL MANOTAZO DE CAMBOYA

EL manotazo de Ford en Camboya ha sido, sobre todo, un signo, una forma de lenguaje; tanto es así, que aun habiendo podido evitarlo, el Presidente no ha querido renunciar a lo que debía valerle una forma de apoyo del país y hasta un cierto aspecto de reconciliación del Congreso. Ford quería obtener una última victoria militar después de haber perdido la guerra: algo con que suavizar y hacer tragar la píldora amarga de la pérdida de Indochina. Carnaza para los ultras. Y pretexto para sus amigos en el exterior: los Estados Unidos —viens a decirles, para que ellos lo repitan— están lejos de ser una nación derrotada y humillada; tiene toda su fuerza y lo demuestra. El saldo en esta cuenta final de pérdidas y ganancias es adverso: quince vidas americanas perdidas —cuando se trataba de una operación «para salvar vidas americanas», tal como fue presentada al Congreso— y, muy probablemente, una aceleración en el desalojo de Thailandia, que ha retirado a su embajador de Washington y pretende que los 23.000 soldados de Estados Unidos salgan rápidamente del país y abandonen sus bases.

LO que se sabe, ahora, de la operación del «Mayagüez» descubre una serie de hechos que no corresponden a la versión Ford del asunto.

1. El «Mayagüez» navegaba dentro de las aguas jurisdiccionales de Camboya, que están fijadas en 12 millas precisamente por el gobierno de Lon Nol. La isla de Koh Tang pertenece al territorio camboyano, como está reconocido por Estados Unidos, que confeccionaron los mapas oficiales: el «Mayagüez» navegaba en proximidad de dicha isla.

2. Todo estado goza de soberanía en sus aguas jurisdiccionales, pero permite el tránsito de buques civiles que no supongan atentado «a la paz, al buen orden o a la seguridad» del estado con jurisdicción. El «Mayagüez» es un barco civil. Pero estaba cargado de armas y pasaba dentro de las aguas jurisdiccionales de un país que acaba de terminar una larga y sangrienta guerra precisamente contra la invasión del país al que pertenecen buque y armas. (Entre comillas, párrafos del artículo 14 de la convención de Ginebra de 1939.)

3. Camboya había liberado el barco y su tripulación veinte minutos antes de que comenzase el ataque de la aviación y la marina de Estados Unidos, advirtiéndolo que lo hacía así, aun teniendo derecho de retención, para evitar una apertura de hostilidades y para demostrar el deseo pacífico del nuevo gobierno (información de la agencia de Estados Unidos United Press International).

4. Los Estados Unidos se dirigieron a la secretaria general de las Naciones Unidas (Waldheim) para pedir una mediación en el conflicto media hora después de haber lanzado bombas contra la escuadra de Camboya y de haber bombardeado poblaciones civiles y aeropuertos.

PARECE, por lo tanto, claro que el manotazo estaba dado con la intención de que sonase en el mundo y, sobre todo, en los Estados Unidos. El efecto interior ha sido el esperado: un apoyo del Congreso, una aprobación de la población —que en el momento de la acción no conocía aún todos los detalles— y un aumento en los índices de la Bolsa de Nueva York, que llevaba bastante tiempo deprimida. El dinero es siempre muy amigo de la fuerza, siempre que esa fuerza no se encuentre con otra mayor. Ha proporcionado un gozo a los periódicos conservadores de los Estados

Unidos y a los proamericanos de todo el mundo: por fin podían dar una noticia de victoria. Si bien es perfectamente ridícula.

LAS contrapartidas son graves. La primera no se ha producido, pero ha podido producirse: una resistencia de Camboya a entregar a los prisioneros y el barco, o la voladura del barco y sus tripulantes; un apoyo de China y de la URSS al país atacado. Ford hubiera tenido que tragárselo todo. Su país no ha podido ganar la guerra de Indochina con 500.000 hombres en el terreno y con todo el apoyo naval y aéreo; ¿podría ahora enviar un nuevo cuerpo expedicionario?

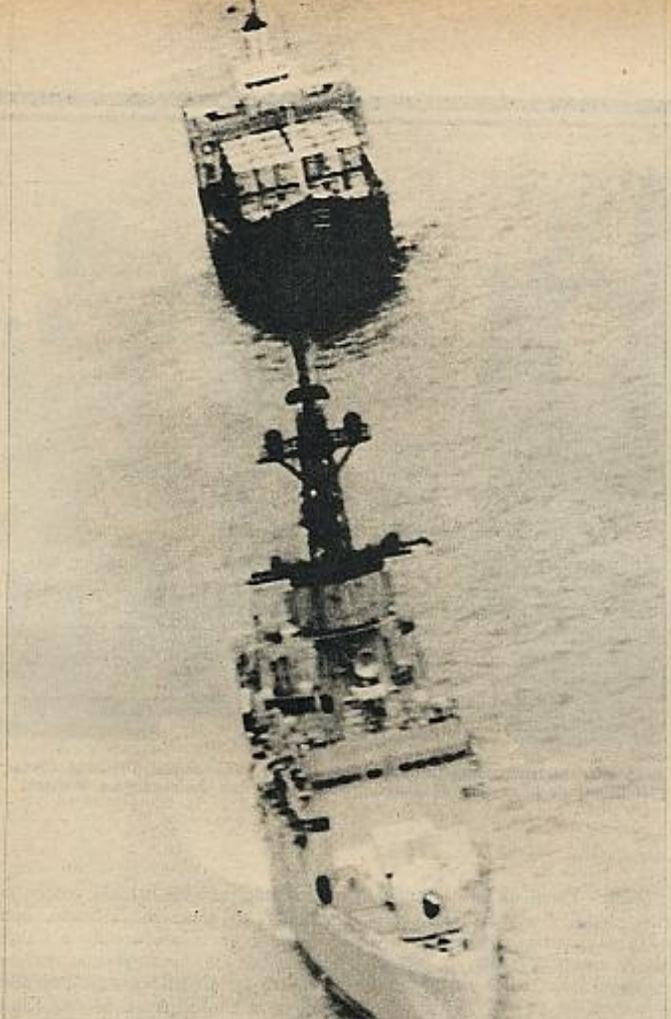
PERO eso, en fin, no se ha producido. Se han producido en la realidad otros hechos notablemente graves para Estados Unidos. En primer lugar, la repulsa inmediata de Thailandia, demostrada con las manifestaciones y ataques e incendios a centros norteamericanos, y oficialmente con la retirada de su embajador en Washington; y la solicitud inmediata de que se retiren los soldados y las bases de Estados Unidos. La retirada debía ser paulatina y en el espacio de un año (del que quedaban once meses). Thailandia no puede tolerar que de las bases en su territorio hayan partido las fuerzas que han atacado Camboya. Ciertamente esto ha sucedido muchas veces, pero entonces no habían ganado la guerra los camboyanos ni los vietnamitas. La posición de Thailandia con respecto a estos países vecinos, y a su propia izquierda, es delicadísima. Thailandia no fue consultada para el empleo de las bases; aun no siéndolo, se apresuró a advertir que no daría tal permiso...

ESTO percute también sobre los otros aliados mundiales de Estados Unidos. Parecía que no iba a repetirse la violación de los tratados de bases que se realizó en 1973, cuando partieron de Europa fuerzas para ayudar a Israel. El caso actual muestra, sin embargo, que los Estados Unidos no tienen ningún escrúpulo en considerar las bases como enteramente suyas. Los aliados de Estados Unidos son especialmente sensibles a esta cuestión de la utilización unilateral de las bases.

EL problema de las Naciones Unidas es también importante. No sólo se ha considerado como una burla la solicitud de mediación cuando ya se había lanzado la pequeña guerra, sino que los países del tercer



Lo que se sabe hasta ahora de la operación del «Mayagüez», descubre una serie de hechos que no corresponden a la versión Ford del asunto. (En la foto, el «Mayagüez», con su tripulación a bordo, llega a Singapur.)



Entre las consecuencias negativas de la prueba de fuerza norteamericana en relación con el «Mayagüez», está la repulsa inmediata de Thailandia, país que no fue consultado para el empleo de las bases en la operación, y que a pesar de todo se apresuró a advertir que no daría tal permiso.

mundo han podido recordar un método típico de los grandes imperios que parecía olvidado: el de las «operaciones de castigo», lo que en el argot especializado francés se llama «la politique de la cannonière» (el envío de una unidad armada como chantaje). El manotazo de Camboya ha sido, en este aspecto, muy resonante. Al mismo tiempo, para la consternación de esos países —y de una muy buena parte de la opinión pública de los Estados Unidos— se ha decretado el embargo general contra Vietnam del Sur y contra Camboya.

ES decir, lo contrario de lo que se esperaba en los medios liberales de Estados Unidos y en los que creen en las posibilidades de una política práctica o realista. Las medidas de embargo son las que ya existen contra Vietnam del Norte, Corea del Norte y Cuba. En el caso de los dos países asiáticos, el embargo no ha tenido significación real, porque se abastecen de la URSS y China. En el caso de Cuba se suele creer que el embargo acelerado e imprevisto de los primeros momentos fue el que apresuró a Cuba a multiplicar toda clase de relaciones con la URSS. Y tampoco ha servido para nada, como no sirvió el de China. El embargo a China se levantó precediendo la visita de Nixon, el de Cuba se está tratando de nuevo estos días en la OEA, pero hace ya mucho tiempo que perdió toda su eficacia.

UNA política de colaboración con los dos países vencedores, una ayuda para reparar sus daños de guerra, una contribución técnica, hubiera podido salvar todavía de alguna manera la presencia de Estados Unidos en Indochina. Ahora conseguirá que estos países se aislen más y más de los Estados Unidos —no así del mundo occidental: Francia se ha apresurado a reconocer a los nuevos regímenes— y se aproximan al mismo tiempo a otros países comunistas.

¿VALE el gesto realizado todo lo perdido? Cuando estos extremos se vayan divulgado en Estados Unidos —quizá, cualquier día, algún periódico consiga los documentos secretos del golpe de Camboya—, ¿no irá precisamente contra Ford, contra Kissinger?

Claro que ya lo tenían todo perdido... ■

ARGENTINA

El fascismo en el «cono Sur»

● El 25 de abril, la Presidente de la República Argentina, María Estela Martínez, y el general Leandro Enrique Anaya, comandante en jefe del Ejército, tuvieron una conversación difícil. La consecuencia ha sido que el martes 13 de mayo, dieciocho días después, Anaya se ha visto obligado a cesar en sus funciones y a pasar a la situación de retiro, obligado por el ministro de Defensa. De esta ruptura se deduce —o se confirma— que muchos altos jefes militares están en abierta contradicción con las formas políticas del régimen y con la guerra civil lenta y continua que se desarrolla en el país, protagonizada por guerrillas y huelgas con origen en la izquierda y por una matanza diaria realizada por terroristas de la derecha.

Al parecer, el general Anaya se habría mostrado en aquella conversación partidario irreductible de que las fuerzas militares no se utilizaran en la represión de hechos que tienen un carácter político. El punto de vista militar que parecía representar Anaya en esa ocasión era el de que las fuerzas militares no deben desgastar su prestigio en acciones que no tienen un final previsible mientras no se resuelvan los problemas de la estructura económica y social del país: un prestigio que sería minado en dos aspectos. Uno, en el militar, al no poder resolver la situación sobre el terreno; otro, en el político, al perder su neutralidad y manifestarse solamente de parte del poder actual.

Ese mismo día 25 de abril había otro acontecimiento político en Buenos Aires: la dimisión —forzada— del presidente del Senado y la posibilidad de que fuese nombrado para ese alto cargo el actual presidente de la Cámara, Raúl Lastiri. Que es el yerno de López Rega y, por lo tanto, un hombre enteramente suyo. Como lo es, también, el general Alberto Numa Laplane, que ha sustituido a Anaya como comandante supremo de las fuerzas armadas. Dos hombres de López Rega en puestos decisivos: uno de ellos, Lastiri, en el lugar constitucional que le permitiría suceder a la Presidente de la República —automáticamente— si ésta viniese a dimitir. O si muriese.

Una de las especulaciones que se hacen en Buenos Aires es la de que la dimisión de Anaya —o la aclaración de sus puntos de vista, que habría forzado su retiro— fue una provocación directa de María Estela Martínez. Conociendo los puntos de vista de éste, la Presidente habría dado la orden de que el Ejército entrase a combatir las huelgas de Villa Constitución —las acerías más importantes del país, paralizadas desde hace dos meses— y le habría reprochado al mismo tiempo la falta de eficacia de los milita-

res en la contención de las guerrillas de Tucumán; pero Anaya habría dicho —se cita la frase textual— que «lo de Tucumán no se arregla a tiros», y que para que el Ejército —que ha perdido ya treinta oficiales en estas operaciones— pudiese tener éxito sería necesario modificar la situación social, económica y política, cosa que depende directamente de la Presidencia de la República y del Ejército. Un punto de discordia habría sido, también, el de las formas de ascenso de los coroneles a generales: no se está respetando la antigüedad y, en general, se están nombrando afectos a López Rega. Es decir, se está modificando la composición del Ejército.

La sustitución misma de Anaya se ha producido de esta manera irregular. Tres generales que le seguían en el escalafón —Gómez Centurión, Horacio Rivera y Delacrocce— han sido saltados y dejados en situación de reserva, y llegar a este peronista de antiguo cuño que es Alberto Numa Laplane, que tiene en su hoja de servicios el hecho de haber venido a Madrid para acompañar al general Perón en su viaje de regreso a la Argentina. Numa Laplane es un hombre de extrema derecha.

Como lo es López Rega. Que es el nombre que aparece como triunfador en todos estos movimientos políticos, López Rega, como se sabe, era el secretario del general Perón; se le llama el «brujo», tanto por una afición real al ocultismo como por su capacidad de maniobra. Perón había advertido ya a Jorge Antonio —en una famosa carta que circula por el mundo y que fue publicada hace tiempo en España— de la peligrosidad de López Rega. Muchos creyeron que, al morir Perón, López Rega quedaba eliminado porque no tenía más cargo que el de su secretario personal; incluso se insinuó que en ningún caso debía seguir habitando la Casa Rosada con la Presidente viuda, Pero doña María Estela saltó por encima de protocolos, hostilidades y conveniencias y elevó a López Rega al cargo de secretario de la Presidencia, cargo muy equiparable al de primer ministro. Su misión principal ha sido la de depurar al peronismo de todos los elementos de la izquierda peronista y dirigir la represión. Se dice que las bandas de terroristas que asesinan a diario a personalidades conocidas por su aspecto democrático son en realidad grupos de policías que dirige personalmente López Rega. Su manera de hacer política es la represión, y a él se deben las medidas continuas de control y censura de la prensa (la más reciente, la prohibición a todos los periódicos y emisoras de radio de utilizar las informaciones de las agencias extranjeras de pren-